



RUMA

Y

LAPIZ

# La bohemia sin sol ó el sol de la bohemia

V

## Una gracia de las tres Gracias

GUYÓN era hijo de francés y hablaba y traducía bien la lengua de Racine. Le encargaron la traducción de un folleto referente á ferrocarriles, y un martes de Carnaval entregó y cobró doce duros honorarios de su trabajo. La víspera había dicho á su amada Edelmira:

—Espérame tú y tus amigas, así como también Alaminos y López el Sucio, en nuestro común hotel de hospedaje *tené par Mr. le Perdís des bas noirs*. De dos á dos y media iré á buscarlos para celebrar una orgía titánica.—

Guyón fué exacto, las tres señoras le esperaban, pero aquellos dos bohemios no pudieron ser habidos, porque éstos se acostaron temprano; el traductor, tarde y algo *excitado*, fué á entregar la traducción, y cuando las Gracias se levantaron, no encontraron á los susodichos Alaminos y López. Las tres señoras, que habían ya cumplido con sus deberes respectivos, pues hasta el gabinete de lectura de los Portales de la Plaza Mayor, regentado por Edelmira, se cerró más temprano, con motivo del solemne jaleo de día, esperaron á Guyón vestidas de *mamarrachas*. La Perdigona se endosó un capuchón que le prestó el Perdís, color de rosa marchita, la Juana Narices adoptó el sencillo disfraz de beata, y Edelmira el de *bebé*, para lucir sus buenos pies y piernas.

Ya en la calle, les preguntó Guyón:

—¿Dónde queréis que comamos?

—Donde quieras, á mí me es igual.

—Y á mí también.—

Pero la Perdigona, dijo:

—Yo preferiría que fuésemos al establecimiento de Valentín el Ciervo; hay allí un guisado de rechupete.

—Vamos, pues, á casa de Valentín.—

Valentín no era ciervo, ni mucho menos; pero le llamaban así, porque en la trastienda de su taberna, situada en la calle de Peligros, estaba la cabeza disecada de un ciervo, clavada en la pared. Llegados á la ta-

berna, Guyón hizose servir una abundante fuente de guisado, y ya todos sentados á la mesa, el anfitrión, cediendo á su manía repentina, prorrumpió en las siguientes coplas:

—Es una verdad notoria que este elegante *ragú*, llamando está á Dios de tú por lo bien que huele á gloria. Mas sea *ragú* en francés, sea en español guisado, pronto será devorado por mí y por vosotras tres.—

Y, con efecto, los cuatro comensales comenzaron á dar buena cuenta de él, rociándole con frecuentes libaciones de vino, porque Guyón, por lo garboso, parecía el antípoda de Pelayo del Castillo, y no escaseó nada en aquel banquete, que tuvo por aditamento una ensalada de lechuga con huevos duros, un dornajo de aceitunas y otros excesos. Las tres Gracias, no eran

precisamente curdonas, pero llegada la ocasión, no la escupían, y así fué que con los repetidos trinquis, y con unas copitas de aguardiente que se tomaron á guisa de sosiega, pusieron, no diré peniques, más si un tanto *excitadas*, según locución usual entre los bohemios de la época.

El traductor, que tenía que ir á corregir las pruebas de su trabajo, las dejó citándolas para por la noche, y las tres graciosas damas, saliendo de la taberna, se dirigieron hacia la calle de Alcalá.

\* \* \*

—¿Dónde vamos?—preguntó la Perdigona.

—Si os es igual, me gustaría que me acompañaseis á casa de mi tía, que el otro día se me llevó una manta para planchar y no me la ha devuelto; y como el Perdís pone tan poco abrigo en las camas, yo siento frío por las noches—dijo Edelmira.

—¿Y dónde vive tu tía?

—Pues en la calle de Maldonadas. Con eso veremos el gran jaleo que hay esta tarde en el Rastro, del manteo de peleles.

—¡Pues es verdad!—exclamó la Juana Narices.—Vamos allá.—

Las tres Gracias se encaminaron hacia el Rastro. Llevaban caretas de holandilla tirando á seda, y como estaban algo alegres, dieron y recibieron varias bromas. Fueron por la calle de Toledo á la de Maldonadas, recogieron la manta de Edelmira, y la Perdigona, que como era más vieja sentía frío, se la puso sobre su capuchón, con lo cual acabó por transformarse en edefesio. Entraron en un almacén de aguardiente á beber una copita por barba, y desembocaron en la Plaza del Rastro. En todos aquellos barrios, pero especialmente en esta



plaza; había una animación extraordinaria, volando los peles por todas partes. Poco después de entrar en la cabecera de las famosas *Américas*, exclamó Edelmira:

— ¡Ay, mirad, allí está Anita la gallega, el pingo de Pelayo del Castillo!—

En efecto, Anita, triste, sola, con una palidez espectral, hallábase sentada en uno de los bancos de la plaza. ¿Qué hacía allí? Pues esperaba á su desastrado amante. Aquel día habían dado á éste una camisa y unos bradoquines, y aunque necesitaba ambas cosas, prefirió venderlas, según su costumbre. Esta costumbre motivó el que el gran bohemio fuera el hombre de su siglo que estrenó más ropa vieja. Como siempre estaba medio desnudo, sus conocidos, y aun desconocidos, le daban prendas de vestir, que él vendía en su mayor parte, de lo cual resultaba que en seguida volvía á encontrarse desnudo. La tarde á que me refiero fué al Rastro á vender la camisa y calzado que le habían dado, porque todas las tiendas de Madrid estaban cerradas, y era probable que en la Ribera de Curtidores, hubiese alguna ó algún puesto abierto.

Anita le esperó sentada en un banco de la plaza. La exclamación de Edelmira sugirió á la Juana



Narices un mal pensamiento. No recuerdo que escritor francés ha dicho: «La mayor parte de las mujeres narigudas suelen ser coquetas y caprichosas», y puede ser que este axioma influyese aquella tarde en el ánimo de la Juana, que tenía el apéndice nasal bastante desarrollado. Quizá también abrigaba un secreto capricho por el fascinador Pelayo del Castillo. Ya en alguna ocasión había hecho avances infructuosos: el bohemio sólo podía corresponder á los atractivos del alcohol.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que la nariguda Gracia dijo:

— Chicas, me ocurre una idea. ¿Vamos á mantear á la gallega?—

La idea era tan original que hizo gracia á las otras dos, que, como ya sabemos, estaban algo *excitadas*, y riendo y dicharacheando convinieron en el plan para llevar á cabo el manteamiento de la pobre Anita.

\*  
\*  
\*

Hallábase ésta ensimismada en sus pensamientos, casi abstraída de cuanto pasaba en derredor suyo. Tal vez la *murina* regional hacía la recordar los campos de Lugo en donde había nacido, las poéti-



cas rías y las alegres romerías de su país, que habíanla hecho abandonar para caer en el infierno de los madriles y en las garras del gran demonio exterminador de su familia, vampiro que íbala chupando la vida. Recordaba quizá una malaventura que la profetizó una gitana trashumante por Galicia.

— Ay, Jesús!— la dijo.— Tú vas á ser tragada por un culebrón de piedra!—

Y, en efecto, llevaba trazas de serlo por aquel bohemio sin corazón.

La Perdigona, con aire indiferente, aproximóse al banco en que estaba sentada la pobre Anita, y quitándose la manta de Edelmira, que llevaba puesta, la extendió en el suelo. Casi al mismo tiempo las otras dos Gracias se acercaron por detrás, y la Juana Narices, dándole un violento empujón hizo caer á aquella de bruces sobre la manta. En segui-



da las tres asieron la manta por tres de sus cuatropuntas éhicieron dar á Anita dos derrotes en el aire. Pero á la Perdigona se la soltó su punta, y la infeliz manteada cayó al suelo, sufriendo una terrible costalada. Afortunadamente esta brutalidad fué breve, porque enfrente había una taberna y á la puerta un corro de bebedores. Uno de éstos fijóse en aquel manteamiento humano, é

indignado aproximóse é increpó furioso á las tres Gracias. Esto, y los quejidos de Anita, hizo que se fuera haciendo corro, y las tres manteadoras, viéndose objeto de la hostilidad popular, se alejaron más que de prisa por la calle de los Estudios.

El compasivo bebedor sentó á Anita en el banco y dióla á beber agua y vino. En esto llegó Pelayo que fingió indignarse, y pasado un momento dijo á aquélla:

—Vamos.—

La pobre mujer se levantó, pero apenas podía andar; estaba renqueada.

—¡Ay, Pelayo, no puedo moverme!

—Pues haz un poder, no hemos de estar aquí toda la tarde.

—Me duele mucho el costado, estoy muy mala. Llévame al hospital.—

El feroz bohemio casi se alegró de esta petición de Anita; tenía dinero y ella le estorbaba para beber; así, pues, la llevó al hospital haciendo que se apoyara en su brazo, en lo cual tardaron más de una hora, con gran contrariedad de aquel desalmado que deseaba verse libre.

Aseguro á ustedes que Pelayo sólo puede compararse á *la Gran Bestia*, como se apoda en la Apocalipsis al Anticristo.

Anita ingresó en el hospital donde de sobras la conocían, pues éste parecía ser su casa solariega y la de su familia. La pobre mujer estaba tísica en segundo grado, y la feroz y estúpida gracia de las tres *idem*, produjo en ella el mismo efecto, si bien no tan instantáneo, que la puntilla ó descabello en las reses bravas. Pelayo respiró con satisfacción; habíase quitado de encima una carga pesada,

12



pues Anita no podía ya servirle ni de almohada en sus noches á la intemperie. ¡Estaba tan en los huesos!

Anita entró en el hospital para no salir de él viva; el bohemio cogió aquella noche una coarza de cuatro pesetas.

F. MORENO GODINO

(Ilustraciones de Pujol Hermann.)

## Bajo relieve

(SONETO)

Los copos como alondras virginales,  
crisantemos-heraldos de elegancia;  
retornan á la Italia y á la Francia  
en las lívidas tardes invernales.

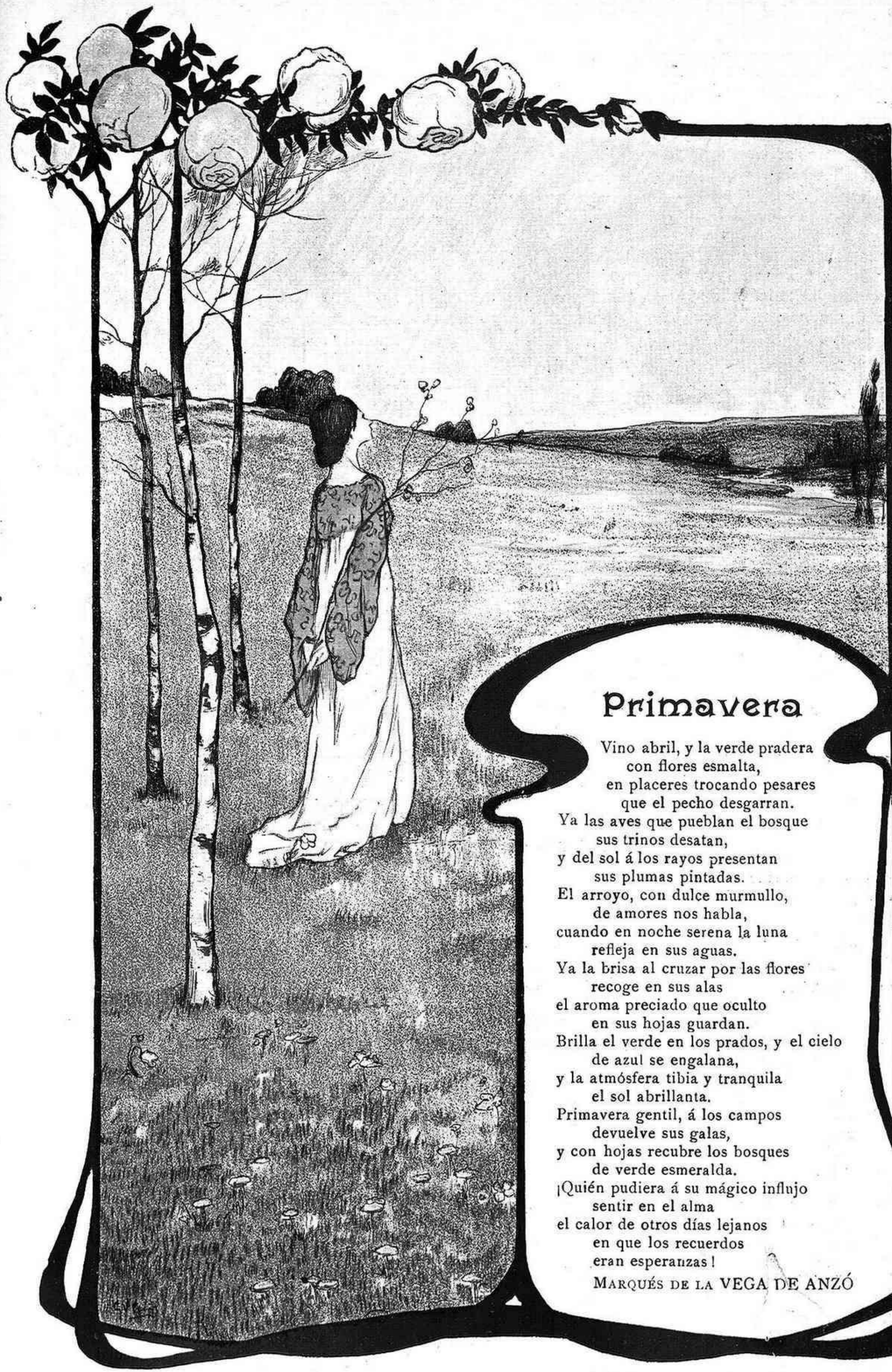
Hay humo en el hogar: las espirales  
retozan voluptuosas por la estancia;  
y embriagan con su aliento de fragancia  
los nardos en los vasos de cristales.

Una dama elegante como un lirio,  
pálida tristemente como un cirio  
hace la disección de sus amores.

Sollozan en un piano los *allegros*  
y surge de sus ojos, que son negros,  
una lluvia de mágicos fulgores.

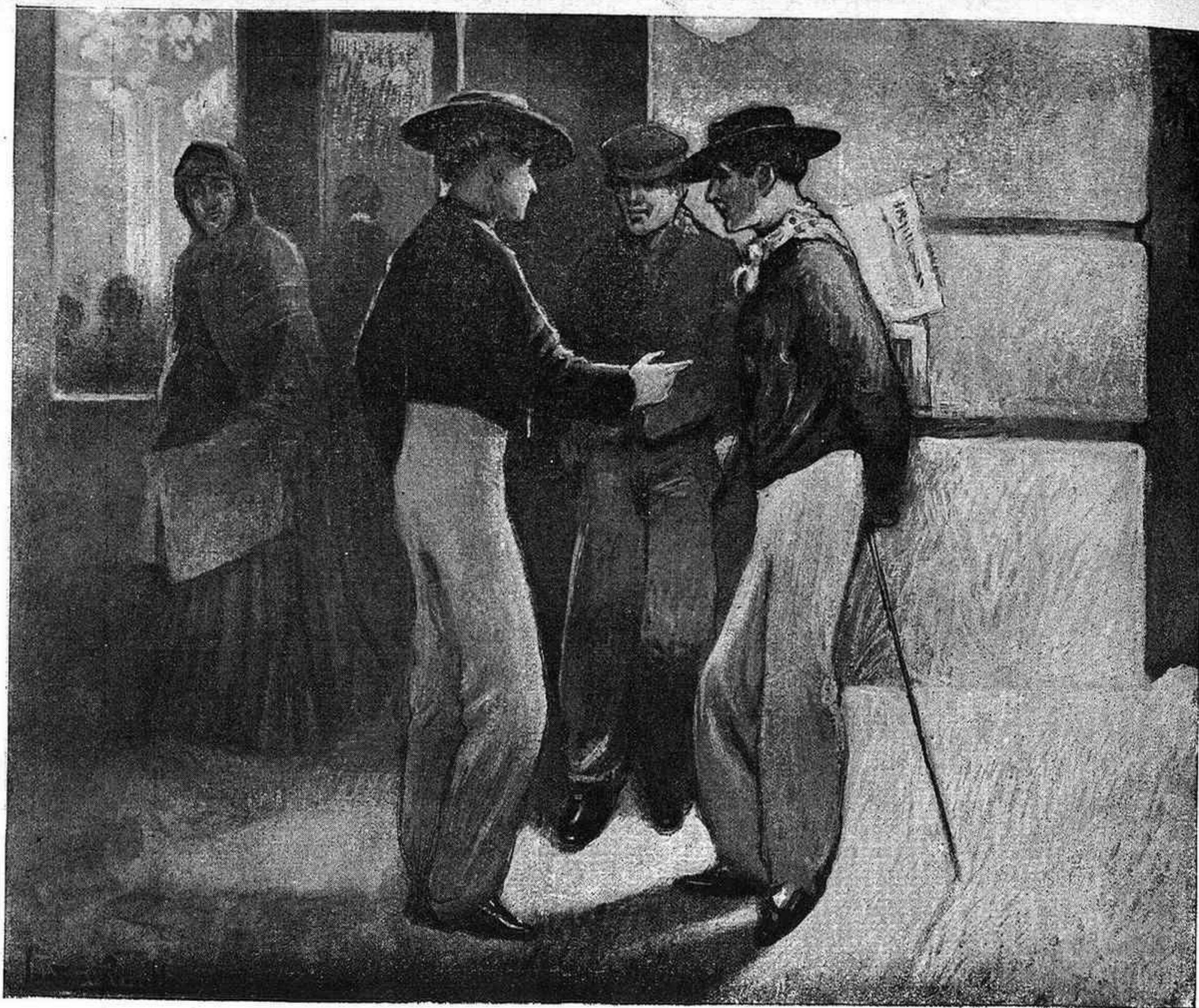
JUAN GUERRA NÚÑEZ

Habana: Cuba.



## Primavera

Vino abril, y la verde pradera  
con flores esmalta,  
en placeres trocando pesares  
que el pecho desgarran.  
Ya las aves que pueblan el bosque  
sus trinos desatan,  
y del sol á los rayos presentan  
sus plumas pintadas.  
El arroyo, con dulce murmullo,  
de amores nos habla,  
cuando en noche serena la luna  
refleja en sus aguas.  
Ya la brisa al cruzar por las flores  
recoge en sus alas  
el aroma preciado que oculto  
en sus hojas guardan.  
Brilla el verde en los prados, y el cielo  
de azul se engalana,  
y la atmósfera tibia y tranquila  
el sol abrillanta.  
Primavera gentil, á los campos  
devuelve sus galas,  
y con hojas recubre los bosques  
de verde esmeralda.  
¡Quién pudiera á su mágico influjo  
sentir en el alma  
el calor de otros días lejanos  
en que los recuerdos  
eran esperanzas!  
MARQUÉS DE LA VEGA DE ANZÓ



## A LA PUERTA DEL CAFE

Galandria, El Triste y El Flemones

Novilleros de la última clase

—A otro que tú, si le sueltan un morucho de esa alzada, no lo cuenta...

—¡Me parecel!

—¡Y dilol!

—Pero tú, gracias á tu sangre fría...

—¡Eso!

—Y á que, no es por alabanza, pero te han *salío* los dientes, como quien dice, en la plaza... ¿Digo una cosa por otra?

—Dices la *verdaz exazta*.

—Y tanto que me han *salío*; que, por mi cuenta, me faltan tres de arriba y dos de abajo del topetazo.

—Mañana temprano hace la limpieza el conserje, y si los halla no se ha de quedar con ellos; te los dará, y Santas Pascuas.

—¿Y la *diznidá*?

(*Con gravedad.*) —En su sitio; y *pués* levantar la cara donde la levante otro.

(*Con rabia.*)

—¡Maldita sea mi estampa!

—No seas melón. (*Conteniéndole.*)

—¿Yo melón?

Lo que soy es calabaza; que me he dejado engañar lo mismo que una calandria.

(*Con misterio.*)

¿Vosotros sois mis amigos?

—Hombre *¿tíes* desconfianza?

—Pues ha *pasao* lo siguiente, y que de los tres no salga:

yo estoy *casao* por delante de la iglesia; no es *jaztancia*...

—Me parece que exageras.

—Y mi mujer, que es cristiana, trabaja *pa mantenerme* como un salvaje.

—*Salvaja*

*quedrás* decir.

—Es lo mismo para el caso. Ella es muy guapa; yo, no porque esté delante, pero si se me compara con otro que valga menos, no me quedo atrás.

—Acaba

que vas bien.

—*Perfetamente.*

¡Esa no te la levanta ni Castelar!

—Como que es

una verdad lisa y llana.

Como iba diciendo, el otro día estuvo á verme en casa el empresario, y me dijo: «Oye, Flemones: tú matas, porque sí, como el primero, y á mí me da mucha lástima que estés tan *arrinconao*, porque no tienes un alma que te dé la mano... ¿Quieres el domingo en esta plaza darte á conocer, matando seis novillos? No seas mandria y arráncate...» Y mi mujer, viendo que yo cerdeaba, dijo: «El trato está *acetao*; ahora hablemos de la paga.» «Por cada toro que mates, cien pesetas... Si no matas ninguno, no ves un cuarto; y si mueres en la plaza, yo corro con tu mujer y los gastos de tu casa.»

—¡Era un trato decorosol!

—Claro; ni un padre se afana más por un hijo.

—¡A la cuenta!

Y como hace, si no marra mi memoria, doce años

que no tengo una contrata  
y estoy viviendo á las costas  
de *aquella*, lo cual la cansa  
y á mí no, porque á decente  
y á *deliciao* no me ganan,  
dije: pues venga esa mano,  
porque Flemonés no es rana;  
él abrazó á mi mujer...  
y lo demás no hace falta  
contarlo... ya lo habéis visto.  
—Te ahogas en un buche de agua.  
¿Tú la culpa de que  
las tardes no sean más largas,  
y que te *haiga anochecho*  
en el primer toro? Habla.  
—Lo siento por mi parienta.  
—¿Te ha dicho algo?

—Ella, nada.  
—¿Tú que has hecho?  
—Pues cumplir  
con mi obligación, zurrarla;  
y después para que viese  
que á mí todo se me pasa,  
pedirla cuarenta reales.  
—¡Eso es ser un hombre!  
—Gracias.  
Ya se lo he dicho: si quieres  
tener marido, no me hagas  
trabajar.  
—¿Y qué te ha dicho?  
—Que así me muera mañana.  
A lo cual la he contestado  
que es muy pronto, y que si aguarda  
cuarenta y dos primaveras,

pueda ser que la complazca.  
¡Ea, vamos al café!  
En la mesa nadie paga...  
pero ha de ser con el conque  
de no hablar una palabra  
de la corrida de hoy.  
—No es por lavarte la cara,  
aunque bien lo necesitas;  
¡pero no hay en toda España,  
ni en Inglaterra, un torero  
de más mérito y más gracia.  
—Se estima. (*Dándose importancia*)  
—¡Viva tu madre!  
(*Entrando en el café*).  
—Yo, le pido con tostada.  
TOMÁS LUCEÑO  
(*Ilustración de Santana Bonilla.*)

## La guerra en Marruecos

CONVENCIDO Abd-el-Azíz, sultán de Marruecos, de las ventajas que para los potentados de la tierra entraña la civilización que desde Europa ha pasado á América y Australia; pero que ha debido detenerse hasta ahora al llegar al litoral de Marruecos, llamó á su corte á muchos europeos, proyectó ferrocarriles, carreteras, obras de utilidad pública. Al propio tiempo, desdeñando los fogosos corceles bereberes, montó en bicicleta y paseó en automóvil, con más ó menos riesgo de su imperial persona. Si por azar un morito súbdito suyo tenía la ocurrencia de decapitar un cristiano — como no fuera español, pues en tal caso la cosa le importaba un bledo — le castigaba de un modo ejemplar, contraviendo los preceptos del Korán, que expresamente dicen: «Si un creyente mata á un infiel, sea cual fuere su religión, no se castigue al creyente, pues la vida de un perro infiel no vale lo que un dedo de un islamita». «Aquel que robare á un infiel no sea castigado, pues Allah ha criado las riquezas todas de la tierra para sus siervos, no para los demás hombres».

Lo que le gustaba al Sultán no plugo á sus súbditos. Con las carreteras y ferrocarriles, con los vagones y automóviles las tropas imperiales pueden acudir con rapidez allí donde algunos moros se sublevaran; aplicando justicia á la europea, los fieles servidores de Allah quedan en situación poco airosa. Los santones predicaron contra tales reformas; los creyentes aceptaron por buenas sus palabras, y un día, cuando menos podía imaginarlo el joven soberano, un hombre arriscado se puso al frente de algunos pelagatos y marchó contra Fez. Por el camino se le juntaron muchos partidarios. El jefe, Bu-Amara, el Roghi, ó como se llame, podría figurar dignamente en el parlamento español. Tiene, al decir de sus panegiristas, una elocuencia arrebatadora. Inflamó con el calor de su palabra los corazones de sus soldados; recordóles tradiciones gloriosas; les prometió riquezas y mujeres, y, del primer empuje, desbarató el ejército de Abd-el-Azíz.

Reunió nuevas tropas el Sultán y ha continuado la guerra con varia fortuna hasta ahora. Estos últimos días la suerte se muestra favorable al Pretendiente, que domina en todo el Norte del Imperio, desde la frontera argelina hasta cerca de Tánger.

El ejército del Roghi es un conjunto abigarrado de soldados de toda especie, con armas antiguas, sin cañones, sin otra táctica que la vieja de los árabes: fiar el éxito del combate á la puntería de sus tiradores y á la acometida incontrastable de la caballería. El Roghi tiene un cuerpo de jinetes llegados del desierto y unas compañías del Sus, que se distinguen por su ferocidad á toda prueba y por su afán de botín. Recuerdan los primeros aquella famosa caballería nómada que daba la victoria á los romanos ó á los cartagineses; según combatiera en favor de unos ó de otros.

El ejército imperial daría buena y pronta cuenta de tales adversarios si estuviese medianamente organizado. Por desgracia no es así, y las tropas regulares se parecen como una gota de agua á otra á las irregulares que las tienen en jaque. Como sus adversarios, carecen de disciplina, de táctica, de cañones. Los pocos que tienen son viejos Krupps, que un comisionista hábil vendió al inocente Abd-el-Azíz, haciendo un bonito negocio.

Las noticias que se tienen de la guerra no pueden ser más contradictorias. Es que no hay un solo europeo que se arriesgue á seguir uno ú otro de los ejércitos. Los comerciantes é industriales que estaban en el interior han emigrado hacia las costas; hay kábilas que toman partido por el Sultán, otras que se deciden por el Pretendiente, y tal es la confusión que reina que nadie sabe á punto fijo si Bu-Amara, el Roghi y el Tuerto son tres personas distintas ó una sola verdadera. Las pocas noticias que se tienen las dan los que emigran de la campiña á las ciudades; pero no hay que fiar de ellas, pues cada cual las da buenas ó malas para la causa del Sultán según sus particulares afecciones y preferencias.

Lo único que se sabe á punto fijo es que Abd-el-Azíz está organizando un par de regimientos á la europea, con fusiles de repetición y que espera mucho de ellos. Y se prevé que, de durar mucho el desbarajuste que se observa en Marruecos y que tanto daño causa al comercio internacional, las grandes potencias y quizá las pequeñas también, deberán intervenir de un modo enérgico para acabar la guerra á cañonazos.

A. RIERA

## El caballero de la muerte

LA ciudad, toda coronada de sol, y de flores y flámulas prendida, se alborozaba con alma de niño, alma de multitud regocijada, porque el cielo resplandece y las calles están de fiesta; las músicas marciales ritman el paso de la gente atropada y todos parecen soldados de un ejército triunfador.

Devotos del amor y la hermosura llegan los peregrinos caballeros, jóvenes y gloriosos. Son doce. Los doce pretenden el amor de la princesa hermosa; la fortuna, no el mérito, puede distinguir á uno sólo entre ellos. Son doce, jóvenes y gloriosos. La princesa los ve pasar desde la terraza de palacio y exclama con terror:

—¡Son trece!...

—Son doce, señora mía,—replica con dulzura su nodriza.—Hoy no pueden envidiarse unos á otros; mañana uno sólo será envidiado de todos.

—¡Son trece, trece! Tú no ves, nadie ve al que llega detrás de todos, al caballero de las armas pavonadas, en su caballo negro, gualdrapado de negro, con negro airón por cimera del casco... Son trece, trece...

Y la princesa mira con espanto á donde nadie mira, á donde, aunque todos miraran, nada verían... Al caballero de las armas pavonadas, al desposado fiel de la princesa, sólo visible para ella desde el día en que un beso de muerte transfundió

por todo su ser, desde la frente serena con la quietud de un pensamiento fijo, á las plantas graves, de pasos medidos, concedores de un camino predestinado, poder sobrenatural que anima en ella, á

pesar suyo. Todo impulso de amor en su alma es golpe mortal para el objeto amado; si la princesa dice:— ¡Hermosas flores!— las flores se agostan á su paso; si escucha con amor el canto de los pájaros, los pájaros caen á sus pies como heridos por cazador certero; un príncipe amado, radiante de vida juvenil, murió en el tiempo que ella exclamaba: «sí», trémula, entre sus brazos... Y desde aquél día, la princesa redujo su corazón al cielo, y sólo escucha la voz que nadie oye, y sólo mira al que no ve nadie.

— Morirá cuanto ames, — juró el caballero; — pero tú, amada mía, nunca morirás...

Y la princesa entristece su alma con pensamientos de odio; quisiera vivir entre criminales, en parajes desolados, donde todo inspirara horror... Y para no amar nunca, sólo escucha al que nadie oye, sólo mira al que no ve nadie, á

su fiel enamorado, al caballero de la muerte, sólo visible para ella, su inmortal desposada...



¿ANGEL Ó DEMONIO? por Cecilio Plá

JACINTO BENAVENTE







## LA PRIMERA PESETA

Agustín Querol

EL nombre, siempre celebrado y aplaudido de Agustín Querol, ha adquirido en estos días nueva aureola de popularidad, con motivo de haberse ofrecido á modelar gratuitamente la lápida que ha de adornar la tumba donde dormirán el sueño eterno, los jóvenes escolares salamantinos, víctimas de los recientes tumultos ocurridos en aquella Universidad, de tan gloriosa historia. PLUMA Y LÁPIZ, al honrarse publicando en esta página, juntamente con el retrato del gran artista tortosino, la declaración de cómo, cuándo y dónde ganó su primera peseta, aprovecha la ocasión para felicitarle por su generoso proceder, demostrativo de que la juventud constituye una gran familia que, si de ordinario anda dispersa por el mundo, en los momentos solemnes, como son los momentos de las tristezas y de las lágrimas, sabe unirse y caminar de común acuerdo teniendo por meta un solo ideal.

Querol, que acaba de realizar una expedición por el extranjero, ha podido convencerse de que su nombre, pasando las fronteras, constituye una legítima gloria de España.

En tal concepto le tenemos y por eso mismo nos sentimos orgullosos al poder incluir en esta serie de íntimas declaraciones la suya, que si bien no ofrece, como otras, ninguna nota inesperada, revela en su misma sencillez la del hombre que ha hallado en el trabajo asiduo, ordenado y aplaudido, el colmo de su felicidad.

De fino continente, modales aristocráticos y correcto vestir, Querol, como la mayoría de los hombres de talento en los tiempos modernos, es solicitado en todos los salones y agasajado por todos los grandes que admiran en él á uno de nuestros artistas más famosos. Es un escultor de guante blanco, un escultor á la moda que lo mismo se pone la larga blusa con la que lucha á brazo partido con el barro para darle forma y casi infundirle vida, que se viste el frac con la elegancia de un diplomático y toma te en los palacios señoriales.

Es, en suma, un gran artista y un gran hombre para quien no debemos escatimar calificativos.

\*\*\*

*Mi querido amigo Orosio: me pregunta usted como cuando y donde gané la primera peseta en mi vida. Fue por los años 1874 ó 75 en Fortora donde, siendo niño, trabajaba á ratos y por afición en el decorado de muebles por cuenta de un carpintero chanista que retribuía mi trabajo gustándole mucho por lo detallado y pulcro.*

*Por aquellos tiempos, D. Joaquín Pírol, rico propietario de Fortora, me encargó un busto en barro, el primero que ha salido de mis manos. Me dio por el dos onzas y pico que, contentísimo, entregué á mi madre y sirvieron para pagar gastos de mis primeros estudios profesionales.*

*Agustín Querol*

*Madrid Octubre 1902*



Escribo estos renglones  
antes de haber llegado  
el día señalado  
para las elecciones.  
¿Quién vencerá mañana?  
¿Quién sumará más votos en su lista?  
Sospecho que la Unión republicana  
y algún regionalista  
que sigue al Pretendiente  
y que es un orador grandilocuente.  
La política huelga en mi sección,  
pero eso es una nota de ocasión  
y hay que ocuparse en ella  
y aludir, á la vez que al señor Mella,  
al señor Salmerón.

Prescindo de la crítica  
respecto á sus tendencias en política;  
pero, admiro, señores,  
á esos dos eminentes oradores.

Escucho á Salmerón. Y en tal momento  
me ofusca el resplandor de su talento;  
y la frase que brota de su labio  
sobria, firme, segura,  
me parece, lector, dogma de sabio  
ó remate á cincel de una escultura.  
Oigo á Mella después. Hombre elocuente,  
no decaerá en su ardor mientras batalle.  
Sus frases son cual rápida corriente  
de impetuoso torrente  
que se derrumba desde el monte al valle.

En fin, que si uno brilla, otro descuella,  
y que yo siento gran admiración  
tanto por Salmerón  
como por Vázquez Mella.

Ahora bien ¡oh, lectores!  
España es un país excepcional.  
¡Tiene muchos notables oradores...  
pero no tiene un real!

\*  
\*

Al Congreso Internacional de Medicina que se celebra  
en Madrid acudieron muchos ilustres extranjeros.

A poco de llegar se les obsequió con un festival en el  
que hubo una jota alegre.

Se entusiasmaron aquellos sabios al oír la peculiar música  
de Aragón, que no conocían.

Bueno, pues algo parecido les ocurre á muchos que no  
son sabios, pero tampoco tienen nada de tontos, y que, por  
la política, ascienden á altos puestos administrativos.  
Y no saben ni jota.

\*  
\*

En la corrida anterior  
al valiente matador  
Angel García Padilla  
lo empuntó un morucho por...  
cerca de la rabadilla.

Su cogida fué alarmante  
y aparatosa, de veras.  
Fué aquel un horrible instante.

Pues bien: ya está, tan campante  
y va á lidiar en Figueras.

Tres diestros, los tres valientes,  
padecen heridas ya:  
Padilla, Conejo y Fuentes.  
Conque... (Se continuará  
en los números siguientes)

\*  
\*

¡Pero, qué acontecimientos los de la guerra en Marruecos!  
¡Qué noticias más sorprendentes!

Ahora nos cuentan que Muley Mohamed no es Muley  
Mohamed el auténtico, el legítimo, el verdadero príncipe,  
sino un inglés que se le parece bárbaramente.

La esposa del Muley no falsificado, ha descubierto al  
impostor «comprobando la impostura por detalles de intimidad»,  
según dice un colega.

¿Por detalles de intimidad? ¡Cara... pe!

Entre los recursos buenos  
ella ha buscado el mejor  
y... ¡ó tenía más ó menos  
detalles el impostor!

\*  
\*

En Aranjuez se han amotinado las mujeres, pidiendo el  
pan barato.

Han salido fuerzas de policía á la calle.

¡Cuidado, señoras!

Que ustedes pidan pan barato.

Y, gratis, les van á repartir tortas.

\*  
\*

Día tras día  
cita la prensa  
los varios puntos  
en donde hay huelgas  
y dice: «Cuiden  
los que gobiernan,  
antes que graves  
transtornos vengan,  
de que no avance,  
que no se extienda,

la gran penuria,  
la gran miseria  
que hay ya en no pocas  
gentes obreras.»  
¿Cómo? ¿Trastornos?  
¿Hambre? ¿Pobreza?  
¡Quí! No lo creo.  
Según Silvela  
¡todos gozamos  
dicha completa!...

\*  
\*

La epidemia de colerina fué debida á los alimentos sofisticados.

Y...

«Las autoridades han decidido que se hagan escrupulosas inspecciones y se castigue á los sofisticadores...»

¡Bravo! Pero hay que observar  
que ese celo extraordinario  
tardó un poquito en llegar...  
¡y antes pudo reventar  
la mitad del vecindario!

JULIO MARTÍNEZ LECHA



## Cuadro realista

JUAN y Margot, dos ángeles hermanos  
que embellecen mi hogar con sus cariños,  
se entretienen con juegos tan humanos  
que parecen personas desde niños.

Mientras Juan, de tres años, es soldado  
y monta en una caña endeble y hueca,  
besa Margot con labios de granado  
los labios de cartón de su muñeca.

Lucen los dos sus inocentes galas,  
y alegres sueñan en tan dulces lazos:  
él, que cruce sereno entre las balas;  
ella, que arrulla un niño entre sus brazos.

Puesto al hombro el fusil de hoja de lata,  
el keyis de papel sobre la frente,  
aliena el niño en su inocencia grata  
el orgullo viril de ser valiente.

Quizá piensa, en sus juegos infantiles,  
que en este mundo que su afán recrea,  
son como el suyo todos los fusiles  
con que la torpe humanidad pelea.

Que pesan poco, que sin odios lucen,  
que es igual el más débil al más fuerte,  
y que, si se disparan, no producen  
humo, fragor, consternación y muerte.

¡Oh, misteriosa condición humana!  
Siempre lo opuesto buscas en la tierra;  
ya delira Margot por ser anciana,  
y Juan, que vive en paz, ama la guerra.

Mirándoles jugar me aflijo y callo:  
¿Cuál será sobre el mundo su fortuna?  
Sueña el niño con armas y caballo,  
la niña con velar junto á la cuna.

El uno corre de entusiasmo ciego,  
la niña arrulla á su muñeca inerme

y mientras grita el uno. FUEGO, FUEGO,  
la otra murmura triste: DUERME, DUERME.

A mi lado ante juegos tan extraños  
Concha, la primogénita, me mira:  
eres toda una persona de seis años  
que charla, que comenta y que suspira!

¿Por qué inclina su lánguida cabeza  
mientras deshoja inquieta algunas flores?  
¿Será la que ha heredado mi tristeza?  
¿Será la que comprende mis dolores?

Cuando me rindo del dolor al peso,  
cuando la negra duda me avasalla,  
se me cuelga del cuello, me da un beso,  
se le saltan las lágrimas y calla.

Sueltas sus trenzas claras y sedosas,  
y oprimiendo mi mano entre sus manos,  
parece que medita en muchas cosas  
al mirar como juegan sus hermanos.

Margot que canta en madre transformada,  
y arrulla un hijo que jamás se queja,  
ni tiene que llorar desengañada,  
ni el hijo crece, ni se vuelve vieja.

Y este guerrero audaz de tres abriles  
que ya se finge apuesto caballero,  
no logra en sus campañas infantiles  
manchar con sangre y lágrimas su acero.

¡Inocencia! ¡Niñez! ¡Dichosos nombres!  
Amo tus goces, busco tus cariños;  
¿cómo han de ser los sueños de los hombres,  
más dulces que los sueños de los niños!

¡Oh mis hijos! No quiera la fortuna  
turbar jamás vuestra inocente calma,  
no dejéis esa espada ni esa cuna:  
¡cuando son de verdad, matan el alma!

JUAN DE DIOS PEZA



To John H. Ford  
**THE NEGROES**  
(LES NÈGRES)  
**CAKE WALK** S. JAMES.  
00 245

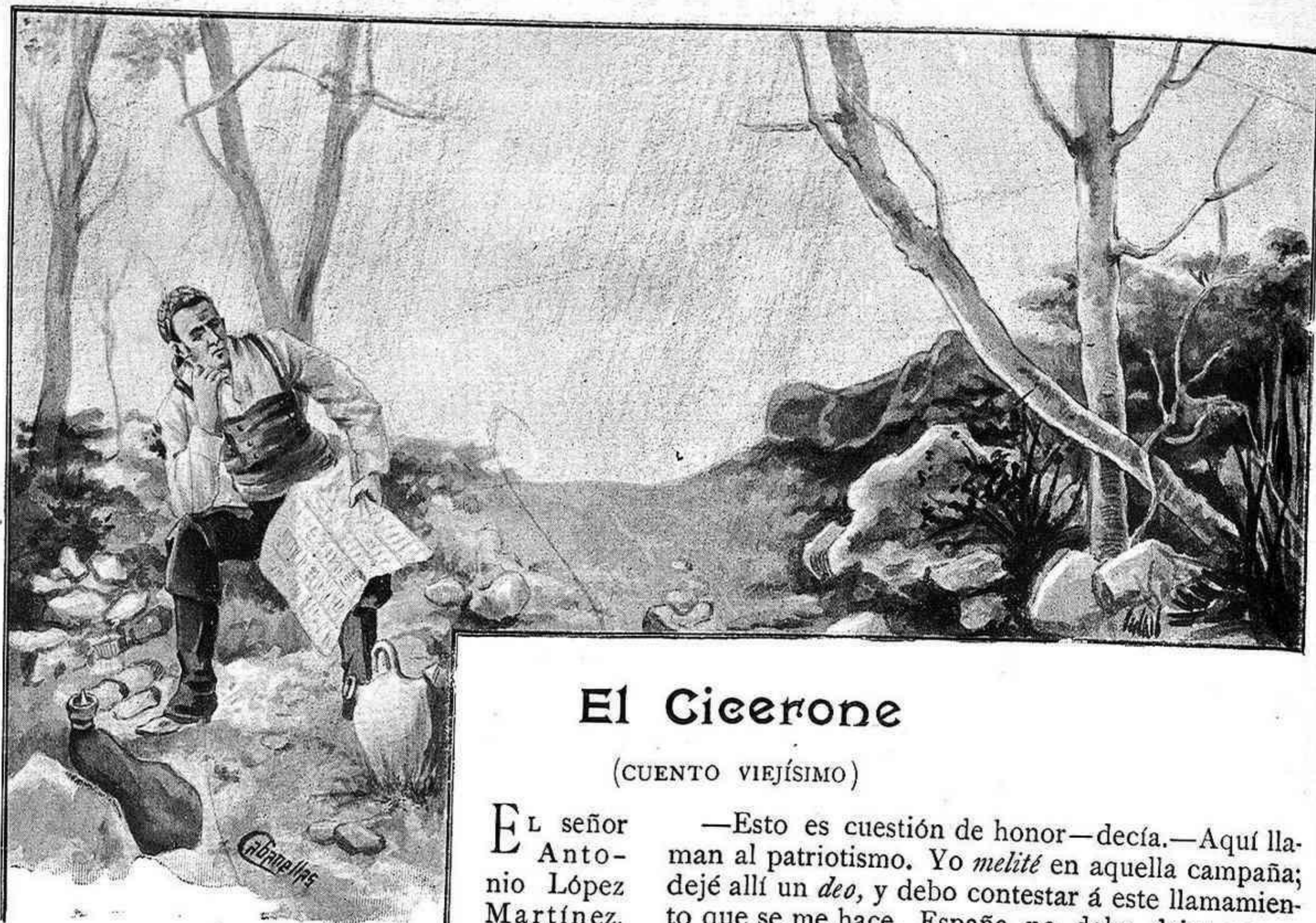
Marche

Piano

Musical Emporium J. M. L. 00



FANTASÍA SOBRE EL «CAKE WALK», por ORTIZ



## El Cicerone

(CUENTO VIEJÍSIMO)

EL señor Antonio López Martínez, conocido por el Tío

*de los Golpes*, estaba de destajista en un pozo de carbón de piedra en la mina *El Terrible*, situada en el corazón de la sierra de Córdoba. Malagueño á carta cabal, poseedor de algunos cuartos, haciendo vida de burgués en el pueblecillo que la legión obrera ha formado junto á la mina poderosa, se permitía el lujo de leer *La Unión Mercantil*, periódico de su tierra que, en la especial estructura de su ajuste, tiene un atractivo singular para todos los malagueños, constituyendo su lectura algo así como el plato indispensable y favorito en la comida casera.

Cierto día en que el señor Antonio López Martínez estaba sentado en la puerta de un almacén en aquella plaza de *El Terrible*, donde la mercancía se cotiza en proporción al dinero que se gana (allí donde el dinero se desprecia al igual de la vida), entre las noticias de *La Unión Mercantil* leyó el siguiente:

### AVISO

*Lord Carrington, que se hospeda en el Hotel de Roma, desea visitar los parajes de Africa en que tuvo lugar la guerra hispano-marroquí. Al soldado de aquella guerra práctico en el terreno, que quiera acompañarle, le gratificará con cincuenta libras esterlinas al mes.*

Leer el aviso y transformarse la bonachona fisonomía del destajista, todo fué uno. La guerra de Africa se le subió á la cabeza. Wad-Ras, los Castillejos, O'Donnell, Tetuán, don Juan Prim, la tienda de Muley el Abbas, el ataque de los catalanes, la lucha cruel, bajo aquel sol ardiente, los campamentos entre los bosques de palmeras, las coplas en honor de Isabel II, cantadas á coro, en el descanso de las mortales jornadas... Aquello no era un destajista de la mina de carbón *El Terrible*; aquello era *Un testigo de la guerra de Africa*.

—Esto es cuestión de honor—decía.—Aquí llaman al patriotismo. Yo *melité* en aquella campaña; dejé allí un *deo*, y debo contestar á este llamamiento que se me hace. España no debe dejar nunca *sin respuesta* á un extranjero. A *corteces* nadie nos debe ganar.—

Y dicho y hecho. *Lió el petate*, tomó billete de tercera, se montó en el tren y ¡á Málaga!

Primero cruzó la sierra de Córdoba, aquella sierra de Córdoba donde están las perspectivas más sublimes y la poesía más gigante; aquella sierra de Córdoba, fecunda en sus entrañas, prodigiosamente hermosa en su superficie, que encierra, para formar extraño é imponente contraste, junto á la vegetación soberbia y el terreno salvaje, y los árboles altivos y las flores y las fuentes que convidan á la sensualidad, las blancas y solitarias ermitas donde los monjes ascetas castigan el cuerpo y purifican el alma en medio de la tierra donde Dios ha puesto el hermoso jardín de todos los deleites.

¡Para paisajes y para filosofías iba el señor Antonio López Martínez! Sentado en un extremo del coche, apoyando el codo en la ventanilla y la cara en la palma de la mano derecha, ni veía los montes, ni los sotos, ni los arroyos profundos salvados por los puentes.

—El *inglé*—pensaba—pide un hombre y hay que *zacararlo* de dudas.—

No quiso dormir en Córdoba, porque, según parecía, el anhelo suyo de llegar á Málaga era muy grande. Cenó en la cantina de la estación; tendió su manta en un banco de la sala de espera y de allí se levantó á las siete para tomar el tren de nuevo.

Menos preocupado iba ya en aquel segundo trayecto. Yo no sé que tiene la tierra nativa, que al acercarse á ella se van del cerebro las nieblas del pesar y surge, más claro y más brillante, el sol de la alegría.

Tampoco era lo mismo el paisaje. Los cerros, no muy altos, montículos más bien de color pardo, tenían en sus cumbres las torrecillas redondas que, para avisarse con ahumadas, hicieron los moros,

Los pueblos enseñaban, casi todos, su castillo y sus murallas y sus calles en declive primero y luego en llano. Los campos eran extensas campiñas de trigales dorados ó pintorescas vegas donde ejércitos de cepas cubiertas de pámpanas verdosas, se aprestaban á producir uvas de donde saliera un vino tan dorado como los trigales de las campiñas.

Más abajo, los olivares, formando un dibujo caprichoso de listas verdes y rojas, iban á perderse á lo lejos... á lo lejos donde empezaban unas sierras formadas por inmensos conos graníticos que subían desde los barrancos. Cruzábalos el tren y ya se metía en un túnel, ya hacía resonar la armadura de hierro de un puente, con sonidos de batalla de tiempos medioevales, y el entrar y salir de los túneles ofrecía

á cada momento un paisaje nuevo, una variedad en el color, una nota distinta en el cuadro...

Por fin se salvó la sierra y aparecieron en el llano espléndido los bosques de naranjales entre los que, alzando la torre de su catedral, Málaga estaba bañada por el sol de la tarde, como asomándose al Mediterráneo para aspirar los gérmenes de salud de su brisa.

Al ver á Málaga, el señor Antonio López Martínez sintió que el corazón le daba un vuelco y subiéndosele á la boca le hizo cantar una canción malagueña fresca, alegre y graciosa como una muchacha del Perchel.

Descendió del vagón, atravesó las calles y llegó á Puerto de Mar. Allí estaba el Hotel de Roma. Quiso entrar, pero se detuvo. Avanzó un poco por la Alameda hasta el mar. Miró al frente y evocando recuerdos pasados, dijo:



—Allí está el moro. ¡Allí está mi *deo!*—

Entonces volvió hacia el hotel. Expuso al portero el objeto de su visita y acto seguido atravesó el ancho patio y subió á una de las habitaciones del corredor principal.

En una de ellas se encontraba lord Carrigton, sentado en una butaca y examinando un mapa de Marruecos entre sorbo y sorbo de Wiski.

Ante la presencia del veterano de Africa, lord Carrigton se entusiasmó y rompiendo la seca frialdad inglesa, entabló este diálogo:

—¡Oh, señor! ¡Cuanto *celebrar* yo esta visita de *osté...*!

—*Muchísimas* gracias.

—¿*Osté haber* militado en la campaña de Africa?

—*Zi zeño.*

—¿*Osté haber* visto alguna vez al *valiente* general Prim?

—*Zi zeño.*

—¿*Osté haber* estado en batalla de Castillejos?

—*Zi zeño.*

—¡Oh, *moy bien, moy bien!* *Cónteme osté* algo.—

Y Antonio López Martínez, sin tomar asiento y dando vueltas en las manos al sombrero de ala ancha, dijo:

—¿Conque *usté neccita* un *zordao* de la guerra de Africa, *práctico* en *er terreno aqué?*

—¡*Yes!*

—¿*Y diz osté* que le dará *tos los meces* cincuenta...?

—¡*Cincuenta* libras, *yes!*

—*Güeno*, yo vengo á hacer á *usté precente*, que estoy *mu ocupao* y que no *pueo* ir.

ALFREDO CAZABÁN

(Ilustraciones de Cabanellas.)

# BATIBURRILLO

## BIBLIOGRAFIA

### EL MUNDO LITERARIO AMERICANO.

Otra nueva obra viene á aumentar el inmenso catálogo de la casa Maucci. Se titula *El Mundo literario americano*, y es una historia bio-bibliográfica de la literatura americana, admirablemente hecha por la Baronesa de Wilsson, tan ilustrada y competente en asuntos de América.

La obra consta de dos tomos de 352 páginas el primero, y 356 el segundo, cuajados de retratos, semblanzas, bio-

grafías y trozos selectos de los prosistas y poetas que han descollado en la Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Santo Domingo, Ecuador, Estados Unidos, Guatemala, Haiti, Honduras, México, Nicaragua, Paraguay, Perú, Puerto-Rico, San Salvador, Uruguay y Venezuela.

Cada tomo cuesta dos pesetas.

### LA ESTRELLA POLAR

Con puntualidad que acredita á la casa editorial Maucci, está acabándose de repartir por cuadernos semanales la importante obra del Duque de los Abruzos, *La Estrella Polar*, que éxito tan extraordinario ha obtenido en todas las clases sociales.



EL MERCADO DE VALENCIA

La obra, que constará en definitiva, de 18 cuadernos, constituye un verdadero monumento de la ciencia, y en tal concepto, cuantos elogios se le tributen, siempre serán merecidos.

Próxima á terminarse como decimos, la publicación de la obra, podrán adquirirla completa las personas que en esta forma la tienen solicitada y hacer sus pedidos los corresponsales que lo deseen, debiendo advertirles que han de apresurarse á indicar el número de ejemplares que quieren, pues como la publicación está casi agotada sólo se podrá servir á los primeros que la soliciten. Los restantes habrán de esperar de 5 á 6 meses, que será el tiempo que dure la reimpresión, que los talleres de la casa Maucci, comenzarán á hacer un día de estos. Además se están terminando unas artísticas tapas para la encuadernación de los dos tomos en que la obra está dividida.

Merece aplausos la casa Maucci por el lujo y desprendimiento con que ha competido al editar en castellano *La Estrella Polar* con las demás casas extranjeras que publican la obra en diferentes idiomas.

No deja de ser digno de mención el dato de que, á pesar del interés que las casas extranjeras tenían por publicar dicha obra cuanto antes, esta casa española ha sido la que se ha adelantado á todas, dando una prueba de actividad y entusiasmo á que estamos poco acostumbrados.

## CORRESPONDENCIA

*L. del A.*—Bueno, puede enviar lo que guste, pero sin que sea compromiso ¿eh?

*Quinito.*—*Luciernaga.*—*A. B. C.*—*D.ª R. S. de B.*—*Casilda.*—*D. Abdón y don Senén.*—*M. Ch.*—*A. L. y A.*—*D. Trinitario.*—*Pascual Bailón.*—*D. A. de los R. R.*—*D. J. A. G.*—*El C. de T.*—*La B. de C.*—*A. L.*—*N. S. A.*—En la imposibilidad de contestar á ustedes particularmente, lo hago desde aquí para agradecerles profundamente sus cariñosos elogios, por los nuevos rumbos que ha tomado PLUMA Y LÁPIZ. Los aplausos de personas tan ilustradas nos obligan á no desmayar en nuestros buenos propósitos.

*Juana la Loca.*—Ese género estaba muy en boga cuando polleaba don Juan Nicasio Gallego. Hoy no gusta.

*Licenciado Mendrugo.*—No publicamos nada agresivo, ya lo ve usted, y eso que usted remite lo es mucho.

*R. R.*—Doctores tiene la Santa Madre Iglesia que le podrán responder mejor que nosotros.

*S. A. y P.*—¡Ni qué decir tienen!

*X. y Z.*—No se impaciente, que todo llegará. Lo principal es que le guste el periódico, como me asegura.

*L. B.*—Pueden ustedes enviarme lo que dicen respecto á su protegido y veremos de hacer algo en su obsequio. ¡Si precisamente estamos deseando ocasión de descubrir genios ignorados!...

Fidel Giró, impresor.—Valencia, 233, Barcelona.